

De quienes era el proscrito
 Príncipe, pariente amado,
 Tezozomoc le permite
 Retornar con sus hermanos
 A Tezcuco, emporio y norte
 De sus lisongeros cálculos,
 Dándole allí señoríos,
 Y de Cilam el palacio,
 Donde entregado á las letras
 Pasó dos lustros escasos,
 De los negocios del mundo
 Lejos y de sus engaños.



El fuego que arde en sus torcas
 Apaga y hora por hora
 El invierno de los años
 Nieve en su frente amontona
 Nieve que no se deshece
 Ni se derite ni agota
 Que ni Air-Abul ni Veneno
 Que en terso cristal rompa
 Y por eso entre algodones

ROMANCE II

EL ENSUEÑO.

Tezozomóc en un lecho
 Perennemente reposa,
 Que el peso de la existencia
 Sus flacos hombros encorva;
 Sus fuerzas enerva y rinde;
 Deslustra la brilladora
 Pupila que en otros tiempos
 Fué de sus pueblos antorcha;

El fuego que ardió en sus venas
 Apaga, y hora por hora
 El invierno de los años
 Nieve en su frente amontona;
 Nieve que no se deshace
 Ni se derrite ni agota,
 Que ni hay Abril ni Verano
 Que su terso cristal rompa;
 Y por eso entre algodones
 Lo arrebuja y lo escoran,
 Y á su corte se presenta
 Como un fantasma, una mómia
 Que desde el frio sepulcro
 Dictando sus tenebrosas
 Leyes, rige á sus vasallos
 Y los tiraniza y doma.

Es ya de noche; una noche
 Invernal y tempestosa;
 Frio el viento, rebramando
 De las regiones del bóreas,

Llega á estrellarse á las tapias
 Reales, y en una alcoba
 De su palacio, el tirano
 Tezozomoc se sofoca,
 Lejos de aquel delicioso
 Sueño que su alma ambiciona,
 Y perdido en los abismos
 De pesadilla horrorosa.
 Siente que un enorme peso
 Su seno oprime y ahoga,
 Y en una triste penumbra
 Mira de pronto, aun mas lóbrega,
 Tendidas las negras alas,
 Una inmensa mariposa
 Que vuela al principio lenta
 Del aire en las ténues ondas,
 Y despues acrecentando
 Sus flebes giros, azota
 Las pardas nieblas, con una
 Rapidez vertiginosa.
 En vano el monarca intenta
 Apartar de ella sus torvas
 Miradas.....do quiera siguen
 La carrera prodigiosa

De la voluble fantasma,
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.

Al fin, la vision horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizon, y tiende
Sutiles y vaporosas

Sus luengas alas, que poco
A poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.

Empero, en el mismo instante,
Ve el rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresion pasmosa

Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas

Se incrustan, como engarzadas
En monton, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,

Que abrasadas, trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.

Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Una águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;

Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,
Y luego sobre él se lanza
Tan rápida como arroja

El arco la flecha aguda
Que el viento silvando corta.
El rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa

Respiracion, se horripila,
 Y se contrae, y apoya
 En una mano la frente
 Por la cual heladas gotas
 De sudor copioso corren
 Y ambas mejillas le mojan.
 Y ve al águila ya cerca
 Que retrocede y se encorva,
 Que dando un revuelo, al cabo
 Fiera sobre él se desploma,
 Y en su ya desnudo seno
 Enclava las garras corvas,
 Hiende sus carnes, el pico
 En sus entrañas ahonda,
 Y hambrienta, insaciable, bebe
 Y apura su sangre toda.
 Entonces el rey despierta
 Dando un grito agudo, torna
 En redor los grandes ojos,
 Y se palpa y tiembla y llora;
 Lloro de susto, y con voces
 Que la muda estancia asordan,
 Clama por su servidumbre
 Que acude á su acento atónita.

Está en el regio aposento
 Una anciana temblorosa,
 Que habla con triste semblante
 Y con lenta voz monótona.
 Sus ojos, cual si quisieran
 Penetrar las vagas sombras
 Del porvenir, están fijos
 Hacia adelante, y sus hoscas
 Miradas prende en sus labios
 El rey, que, con alma absorta,
 No pierde una sola frase,
 Y ni una sílaba sola.
 —« Esa mariposa negra,
 Sombria y aterradora,
 Era el vengador espíritu
 De Ixtlilxochitl que aun te acosa.
 Las víctimas de los reyes
 Ni en el sepulcro perdonan,
 Y la paz del alma, dulce,
 En este mundo les roban.

— Prosigue.....

— Aquella montaña

Gigantesca y portentosa,
Es tu trono, que enrojece
La sangre de tus victorias.

— ¿Y aquellos cráneos horribles?

— De tu carrera despótica

Las víctimas inmoladas

Son, y en las cuales reposan

Las columnas de ese trono

Que te sostiene.....

— Y las olas

De aquel mar de fuego?

— El tiempo

Significan, que á espantosa

Nada tornarán bien pronto

Tu poderío y tu gloria.

— ¿Y ese mónstruo sanguinario?

Murmuró el rey con voz ronca,

Llevando una mano fría

A su frente sudorosa.

— ¿El águila?

— Sí, contesta.

— Te anuncia que vengadora

La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas.....

¡Le estoy mirando!

— A quién miras....!

— A él, al rey de los Acolhuas.

— ¿Nezahualcoyotl?

— Al mismo;

Al águila poderosa

Que ha de saciar en tus reinos,

Su hambre, su ambición, su cólera;

Que no ha de ver en sus días,

Tardes, ni noches, ni auroras,

Y cuyo nombre famoso

Y grande será en la historia.

— « ¡ Mientes! » exclamó el monarca

Furioso; « sella tu boca » —

Ea, ¡llamad á los príncipes,

Que quiero hablarles ahora!

« Sí, sí, que el traidor perezca,

Perezca su estirpe toda,

Y ni de su nombre quede

En mis dominios memoria. »

Dice el rey; sangrienta espuma
 Entre sus labios borbota,
 Y huye la bruja espantada
 Por una salida próxima.



Ante el rey de Azcapozalco
 Estaban, á pocas horas,
 Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,
 Infantes de la corona.

Y á todos tres iracundo
 Ordena que, sin demora,
 Prendan al príncipe ilustre
 Nezahualcoyotl, que pronta
 Muerte le den sus secuaces
 Donde quiera que le cojan,
 Y ofrece un premio al que lleve
 A cabo acción tan gloriosa.



Tezozomoc muy en breve,
 Pagó el tributo, que toda obediencia
 La humanidad miserable
 Debe á la tierra, y la fosa
 Encerró con sus cenizas
 Bajo una sombría bóveda,
 La execracion de su pueblo,
 Que aun despues de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo
 Por sucesor, quien provoca
 Del primogénito Maxtla,
 La indignacion envidiosa.

Es Maxtla, altivo, soberbio,
 Y en su alma negra la sordida
 Avaricia de su padre
 Se oculta devoradora.

De los reinos se apodera,
 Con su maldad los agobia,
 Y á Tayatzin con los suyos
 En la impotencia abandona.

A Tayatzin, á quien poco
 Despues la mano traidora
 De unos esbirros, de Maxtla
 Ante la augusta persona,

Y por su orden, le dan muerte,
 Ciñendo á la poderosa
 Frente del regio asesino,
 Entre la espléndida pompa,

Y los vítores de un pueblo:
 Que ante el destino se postra,
 De Azcapozalco y Tescuco
 Las magníficas coronas;

Maxtla, libre de temores
 En su majestad se goza,
 Y con el poder se embriaga
 Que ha adquirido á tanta costa.

Solo una nube atraviesa,
 Como fatídica sombra,
 Por el tranquilo horizonte
 De sus venideras glorias;

Y esta sombra es el recuerdo
 De un hombre, fuente do brotan
 Sus pertinaces recelos
 Y sus continuas zozobras.

Nezahualcoyotl, sombrío
 Se le aparece, y trastorna
 Los proyectos colosales
 Que fragua su mente loca.

No olvida el sueño funesto
 De Tezozomoc, y sorda
 Brama en su pecho implacable
 La tormenta pavorosa;

La tormenta, que lo mismo
 Que de los cielos arroja
 Sobre la tierra las iras
 De su formidable cólera,

Así del pecho de Maxtla,
 Contra el heredero Acolhua,
 Se desprenden las saetas
 De una adersion enconosa.

Y sin que pueda, ni un día,
 La pesadilla diabólica
 De su padre, ni á la bruja
 Arrojar de su memoria,

En persecucion del príncipe,
 De los esbirros las hordas,
 Cruzan las grandes ciudades,
 Y las selvas montañosas.

Los Teocallis escudriñan,
Y los Tianguis¹ alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

1. Las plazas del mercado.



ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la márgen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tápias envejecidas.